

Si movido, pues, de este buen exterior sube el viajero por aquella larga pendiente, la entrada de la Cartuja antes le hace suponer la presencia de una fortaleza antigua que de una casa del Señor; bien que aquellos mismos restos de gruesos muros y la fuerte torre no serían impropios de una abadía de aquellos tiempos, que tan grave y tan majestuoso aspecto dan á esa parte del edificio. Atravesado un claustro nada notable, como arrinconada junto á un pasadizo, la iglesia antigua tiende su reducida nave, en cuyo fondo álzase el altar también gótico, bien que no de lo más puro, (a) al paso que en sus paredes se ven los escudos de las familias bienhechoras de la Cartuja, entre ellos las armas de los Pachs, Nicolau, Llabres, Zaforteza y Oleza (b). De este modo la iglesia moderna es lo único que en el interior llama la atención, como en el exterior descolló sobre las demás partes. Es elegante, de orden compuesto, y tan risueña, que la sensación que causa no enteramente corresponde á la

de esta entrada, tal como el autor la describe: desgraciadamente ha desaparecido, y demolida la iglesia vieja, y alterada la disposición del conjunto, todo se ha combinado para borrar el carácter del edificio, reducido hoy á una propiedad colectiva de veraneadores.

(a) No sé si por razón de haber sido destruída en 1844 conservo de esta antigua iglesia más ventajoso recuerdo, ó mejor me la hizo parecer entonces la inminencia del derribo al protestar contra él á nombre de la Comisión provincial de monumentos, como obra homogénea en su gótico estilo; altar mayor, puertas del presbiterio, sillería del coro, ventanas de la nave, portada y hasta el esbelto corredor que la precedía, todo exento de novedades. Á espaldas del presbiterio había una capillita de exquisito gusto plateresco, estucada de labores blancas sobre fondo negro.

(b) Un gran lienzo pintado al temple, si no coetáneo no muy posterior á la fundación, perpetuó en figuras de tamaño natural, al rededor de la Virgen sentada en su trono con el niño Jesús, cuyo pie besa de rodillas el rey D. Martín, y de cuya mano al otro lado recibe la regla el prior, los personajes y principales bienhechores que á ella concurrieron, mezclados en bien combinada agrupación monjes, damas y caballeros, con espléndidos ropajes y fisonomías que parecen retratos, y los nombres de varios en caracteres góticos: *prior*, *vicario* y *procurador* entre los primeros, *madona Amades* y *madó Dardés* entre las mujeres, y entre los varones *mosen Borresá cavaller*, *mosen Palao*, *mosen Grabyel Casellas* y *mosen Pau Oleza*. Gustaba mucho á Jovellanos este cuadro de la fundación y hubiera deseado de él un rasguño: hoy está en la Lonja de Palma constituyendo uno de los objetos más interesantes del museo arqueológico.

idea que de tan penitente mansión había lugar á formarse (a). Tiene forma de cruz latina. Desde el muro que cierra la nave por el frontis hasta el crucero, hay en cada una de las paredes cuatro pilastras; al nivel de sus capiteles y en el espacio que entre ellas queda, corre una faja en la cual la gratitud de los monjes conservó los blasones grabados en el templo antiguo; y al cornisamento sigue uno como ático que aparenta apear la bóveda, si ya no remeda un antepecho, pues sobre él y en cada luneto, marcando un buen resalto, se abre un balcón ó ventana ahora tapiado. En la misma nave hay el coro, severo, majestuoso y sencillo; y como sus dos órdenes de asientos ocupan noblemente la parte inferior de las paredes, grande y vistoso debió de ser el efecto del conjunto cuando llenaban lo restante hasta la faja de los capiteles los grandes cuadros en que el pincel del lego cartujo catalán fray Joaquín Juncosa representó los misterios de dolor (b), á los cuales correspondían los frescos de la bóveda, obra de aquel otro lego cartujo de Fuente-Aragón fray Manuel Bayeu, cuyos bocetos merecieron ser examinados por Jovellanos y contribuyeron á templar los rigores de su cautiverio (c). Los cuatro frescos que aún se ven en lo alto de esta nave tienen por asunto el nacimiento de la Virgen, su presentación al templo, sus desposorios y su tránsito. La misma serie de cuadros seguía en el crucero, el cual corta la nave con no esca-

(a) Es achaque que hemos observado en bastantes Cartujas.

(b) No solamente los de dolor, sino los de gozo y de gloria, correspondiendo no con exactitud completa á los quince del rosario, y destinados á la iglesia vieja, con la cual perecieron dos ó tres de los primeros de la serie pintados en la pared; los restantes, después de la exclaustación de los monjes, pasaron desde la iglesia nueva al museo de Palma, formando uno de sus principales adornos. Murió Juncosa casi octogenario en 1708, dejando copiosas obras en las cartujas de Escala Dei y Montealegre, aunque cohibido por los rezos del coro en sus fogosas inspiraciones artísticas, acabó por salirse del claustro, según Cean Bermúdez, y retirarse á una ermita en las afueras de Roma.

(c) Era Bayeu pintor de nota, y sus frescos no desmerecen de los de sus hermanos D. Francisco y D. Ramón en las cúpulas del Pilar de Zaragoza, aunque omite su nombre Cean Bermúdez. Fué sacerdote y no lego, según el título de *padre* que le da Jovellanos en su correspondencia desde Bellver.

sa majestad y armonía. Las pilastras, allí desembarazadas del coro y de todo adorno accesorio, lucen sus basamentos de mármoles negros y jaspes, que con proporción se levantan á una conveniente altura. En el fondo de entrambos brazos se abren dos ventanas; en su bóveda cuatro frescos representan la Fe, la Esperanza, la Caridad y otra figura cuyos atributos no acertamos á explicar á tal distancia; y en los lunetos de ella vense en otros tantos las demás virtudes. Cobija el centro una cúpula de mucho efecto, así por sus proporciones, como por las pinturas que enteramente la llenan. Representan las del interior la Gloria, esto es, la santísima Trinidad rodeada de santos, entre los cuales resaltan los fundadores, y aparecen en las pechinas Ester, Jael, Débora y Judit. La bóveda del presbiterio contiene la Asunción de la Virgen, y los lunetos de los arcos el castillo de Emaus y el ángel anunciando en el sepulcro á las tres Marías la resurrección de Jesucristo. En el trozo superior de la pared que el altar mayor no cubre hay otros dos frescos, de los cuales el uno figura al Salvador con los niños. A esta suntuosidad de los muros y de las bóvedas corresponde el pavimento con los dibujos que forman anchas listas de mármol negro, que en el crucero marcan la planta de la cúpula y líneas de los cuadros y lunetos, y con las combinaciones que entre ellas despliegan los limpios y relucientes alizares; con lo cual reciben no poco incremento la nobleza y la majestad que ya de sí tiene el conjunto.

Hay en el presbiterio tres grandes piezas de ebanistería tan notables, que no es raro ver al viajero primeramente atender á ellas que al examen del edificio. Es la una el frontal del altar, y las restantes un atril y la silla prioral que tiene forma de dosel; y guarnécenlas ricos y preciosos embutidos que dibujan excelentes arabescos, imágenes y otras combinaciones, nada indignos de ocupar un buen lugar entre las buenas obras de este género. Al entrar en el templo, á la izquierda, hácelas compañía otro atril en que se apuntaban las misas y solemnidades sobre una tabla también embutida, bien que sus labores no

pueden con aquellas parangonarse; y ya que en tales detalles hicimos alto, éntre el viajero en la sacristía, que cierto es muy para vista y contemplada la silla gótica, que aunque rota en su remate allí ostenta sus calados, con placer y admiración de quien no ciertamente esperaba encontrarla en tal sitio y abandono. Y si fuese verdad que perteneció al rey D Martín, como alguna tradición pretende, nada bastaría á excusar este abandono, ni cualquiera inculpación sería digna de los que con su descuido diesen á la codicia extranjera lugar de arrebatarla y ponerla en sus museos al lado de las muchas que en ellos á la vez son nuestra afrenta y nuestra gloria (a).

Á la poesía que al nombre de Valldemosa, como á todos los que se forman de Valle, acompaña, la fama vulgar ha añadido una explicación, que á ser probada le daría nuevos encantos. Cuéntase que aquel territorio perteneció á un rico moro apellidado Muza; y aun no es raro verlo llamado *Valldemusa* en las historias y en las descripciones. El buen rey D. Sancho, forzado por el asma que le afligía á buscar la sanidad de los montes y la pureza de los aires, como hubiese experimentado lo apacible de aquel sitio, en 1321 fundó allí un castillo (b) donde después pasó las más de las temporadas que estuvo en la isla; y todavía hoy muestra el labrador hacia la cumbre del Teix el lugar donde aquella su dolencia y su natural condición melancólica y benigna le llevaban, el cual no ha perdido tras tantos siglos el nombre de *la silla del rey D. Sancho*. El rey D. Martín, muy aficionado á la orden de los Cartujos, en 1399

(a) Fuese silla prioral, fuese del rey D. Martín, como vulgarmente se la titula, pasó muy pronto á dominio particular, bien que de persona cuya ilustración y amor al país al menos garantizan que será en él conservada.

(b) Ó más bien palacio, cuyo alcaide devengaba al año veinte y cinco libras, que aplicó al prior de la Cartuja juntamente con dicho cargo el rey Martín, como más tarde en 1408 la alcaidía de Bellver vacante por muerte de Nuño Uniz, y su dotación de cincuenta libras anuales. En lo sucesivo hasta los tiempos de Jovellanos, que estudió á fondo el asunto, no fueron los gobernadores del castillo, sino tenientes del prior que retenía el título y el salario.

donó ese castillo al monje profeso de Scala-Dei y jurisconsulto Pedro Solanes (a) para que fundara un monasterio; y concluida la iglesia, la consagró á 8 de Mayo de 1446 D. Juan de Aranda, obispo de Albania, que á la sazón se hallaba de paso en Mallorca (b). El aumento de la comunidad trajo la necesidad de mayor ensanche en el edificio: por esto se comenzó á construir un nuevo templo en 1737, dando la traza el arquitecto D. Antonio Mesquida (c); bien que, como los trabajos se interrumpiesen, otros artífices cuidaron de su conclusión, y el plan primitivo sufrió algunas variaciones. Un capuchino y buen matemático, el P. Miguel de Petra, lo retocó del cornisamento arriba; el escultor italiano Joaquín Coqui le dió los adornos y distintivos del orden compuesto, al mismo tiempo que ejecutó los florones de los arcos y demás relieves; el escultor catalán don José Antonio Folch trabajó los dos medallones, que á una y otra parte de la puerta representan al rey D. Martín y al papa

(a) Es el conciliador vicario general mencionado con motivo de las sediciones de 1391 (pág. 219 y sig.) y el mismo arcediano de Solsona á quien el obispo Luís de Prades, trayéndolo probablemente consigo, dió un canonicato, según Villanueva (tom. XXII, pág. 31): más tarde tomó en Portaceli el hábito de la orden y vino de segundo prior á la nueva cartuja. (Véase en las obras de Jovellanos, tomo II, edición de Rivadeneira, el curioso extracto de la historia de dicha fundación.)

(b) Villanueva (t. XXII p. 71) le llama *fr. Joannes episcopus Terrealbensis*. La consagración de la primitiva iglesia fué durante el priorato de fray Berenguer Roig, de 1432 á 1474, tan importante como largo por las singulares prendas y autoridad que acreditó en su mediación con los payeses insurrectos intercediendo por ellos en 1453 con la reina María, y en la reforma del régimen de saco y suerte que se le encomendó en 1474 juntamente con mosén Ferreras (p. 299). Largo tiempo y borrascoso, aunque fecundo en señaladas obras, fué de 1505 á 1526 el priorato de fray Miguel Oliver, quien en la comisión ejercida respecto del inquisidor Navardú á propósito de la causa seguida por la universidad con el regente Gualbes, y en sus gestiones con el virrey Gurrea para la reducción de los agermanados, no se mantuvo al abrigo de todo reproche (p. 414), y muy graves acerca de su administración hubo de sufrirlas de los capítulos de su orden, de cuyas resultas dejó en 1528 el hábito de cartujo por el de ermitaño, aunque luego solicitó volver á su primer estado y residencia, donde en 1532 acabó sus días.

(c) Sería más probablemente su padre Lucas, que vivió hasta muy entrada la segunda mitad del XVIII, y de quien se ha hablado (pág. 827 nota a). El proyecto de edificar una nueva iglesia, según las noticias extractadas por Jovellanos, databa del siglo anterior, y ya en 1717 se puso la primera piedra del edificio.

Pío V (a); y Jovellanos, que más que cárcel encontró en la Cartuja mansión de reposo, quietud y recogimiento, y en los buenos monjes compañeros atentos, compasivos y amorosos, también allí como luego en Bellver hizo ocupación y estudio de su mismo encierro, y si no lo ilustró y perpetuó con su pluma, al menos contribuyó al perfeccionamiento de su fábrica, y á sus consejos se debió que la iglesia se cerrase con bóveda de ladrillo (b). Este nuevo santuario fué bendecido á 15 de Agosto de 1812.

La revolución, que tanto ha deshojado la corona de nuestras creencias, también trajo la soledad y el abandono á esa Cartuja, y si en otros conventos la ruina siguió á la expulsión de los religiosos, aquí un desacato bien distinto vino á profanar la morada de los hijos de San Bruno y á sobrepujar los excesos de que en otras partes las casas del Señor fueron teatro. En estas la desventurada porción de la plebe, que prestaba sus brazos á la obra de la destrucción y de la impiedad, ejerció sus furores con la ceguedad de la ignorancia y con el fervor de un triste fanatismo que ella había de lamentar en breve; mas las bóvedas tranquilas de Valldemosa dieron asilo á uno de los profetas y propagadores de la disolución y de la increencia, y su voz que tan fatal ha sido y será á la religión, á las costumbres y por consiguiente á la dicha humana, insultó aquella morada con uno de sus mayores delirios. ¿Cómo en aquella celda, delante del paisaje que á su vista se despliega, en el silencio y quietud del claustro, en medio de un pueblo inocente, pacífico y dado á las fatigas del campo, junto al templo de Jesucristo, cómo pudo componer el *Spiridión*, ese libro que cual una visión febril des-

(a) En el altar mayor campeaban las dos estatuas de mármol del Bautista y de San Bruno, obras de Adrián Ferrán, hoy colocadas en el altar de San Pedro de la catedral.

(b) Cerca de un año, casi todo el 1801, vivió preso Jovellanos en su amada Cartuja, con cuyos religiosos siguió desde Bellver en cariñosas relaciones, y para quienes fué su primera visita, recobrada apenas la libertad, pasando con ellos la semana santa de 1808.

envuelve su feo conjunto de contradicciones, falsedades, absurdos, ridiculeces y blasfemias, y escupiendo sobre todos los cultos y poniendo una mano sacrílega en los evangelios proclama la destrucción de la Iglesia y aun de toda forma cristiana, y canoniza como depósitos de luz, virtud y verdad los nombres de los que abrieron las puertas á la duda y quisieron hallar en su propio examen y razón la inteligencia de la revelación divina? Qué! ¿nada dijeron á su alma aquellas largas meditaciones al pie de los cipreses del cementerio, sobre las cenizas de tantos varones justos y sencillos que del silencio del claustro pasaron al de la tumba? ¿Tal es la fiebre con que París la había contagiado, tanta necesidad siente de los aplausos de una sociedad corrompida, que á tal distancia, en una roca del Mediterráneo, en un sitio apartado de todo comercio, que al menos por nuevo y original debía herir su imaginación, no pensó sino en torturar para el mal y en ostentar esa imaginación misma, en rendir un nuevo y vil tributo á la moda, en *producir efecto*, ó mejor, en tomar la religión por instrumento de su vanidad y orgullo, si no de su codicia? Sea de esto lo que fuere, en la obra que en la Cartuja fué llevada á cabo, nosotros preferimos ver un testimonio del cruel agujijón que desazona incesantemente á su autora y que en vano pretende arrancarse por los vanos remedios del error y de la negación, una señal cierta del horrible y tremendo vacío que el quebrantamiento de los deberes y la falta absoluta de fe han abierto en su alma, una manifestación vivísima de la necesidad que de llenarlo á toda costa ya siente, pues con sus propias manos forja una nueva religión sin culto, es decir, sin ninguno de los actos á que no se decide á sujetarse, y finalmente la evidencia de que también la llamada Jorge Sand ha llegado á ese espantoso desorden de ideas y mortal disgusto del ánimo, de que los personajes de su obra son el símbolo y la expresión, y en el cual forzosamente han de caer cuantos cerrando los ojos á la fe no vean que el imperio de la razón humana no pasa más allá de la experiencia. ¿Pues qué será esa

civilización que así ciega á los que moran en su pretendido centro, hasta cifrar toda perfección, toda ciencia y toda belleza en su recinto y negarlas á cuanto á él no se asemeja? Ciertó á gran lástima mueve la que de tal manera fué sorda á las armonías con que allí le regalaba la naturaleza, y no pudo comprender la serenidad y la dulzura que en su derredor reinaban.

El pueblo, que extrañaba atónito su aislamiento y sus nocturnos paseos, es enteramente agrícola; sus brazos ayudan la natural fertilidad de aquel valle tan regado y pintoresco; en él han hecho asiento de muy antiguo la hospitalidad y la sencillez; y la misma campana que lo llama á la oración matinal, le avisa para el trabajo que allí á todos ocupa. El labrador se afirma en el conocimiento de Dios con la vista de la naturaleza, la cual viene á serle el libro donde su simple y no viciado juicio lee las primeras verdades y los principios que bastan para la tranquilidad de alma y á su vida activa y quieta: el sol le dice la grandeza y la bondad de Dios, principio de toda vida; la compañía continua de las plantas y de los árboles purifica y abona su sér, y le acostumbra á ideas sencillas y risueñas, al paso que la contemplación diaria de su reproducción y de su existencia le enseña á bendecir el poder del que vistió la tierra y á confesar la impotencia del hombre, si ya también no despierta y aviva su inteligencia y por medio del conocimiento de los fenómenos naturales le forma una instrucción recta y espontánea, á veces más sólida si más humilde y menos vasta que la de los sabios, nunca nociva ni tan orgullosa. Él conoce las estrellas, las lunas le dicen las épocas de la sementera y de las plantaciones, el espectáculo del cielo le inspira lecciones frecuentes á sus hijos. La paz y el amor velan en su casa heredada; los vínculos de la sangre, allí íntegros y poderosos, á todos enlazan y concuerdan sin confundir ni emparejar lo que jamás quiso la naturaleza que se emparejara ni confundiera; la esposa casta y robusta le adereza la mesa frugal y limpia, donde rodeado de sus hijos olvida las fatigas de la labranza; y cuando es venido su día postrero,